

Contemplativos en la acción
Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

TEMA 3. LA MAYOR GLORIA DE DIOS (AMDG) II 3.1. Obediencia 3.2. Pobreza 3.3. Apostolado 3.4. Sois Ignacio General
--

3.1. Obediencia: Obediencia a Cristo, al Papa, al superior

Dice el autor de la carta a los Hebreos que *Jesucristo aprendió sufriendo a obedecer* (Hb 5, 8). Y en el mismo lugar más tarde se nos dice –recordando al profeta Habacuc- que el *justo vive de fe* (Hb 10, 38; Habacuc 2, 1-4). San Ignacio entendió muy pronto en Loyola, de la lectura de los libros de los santos y de la vida de Cristo, que el Hijo no tenía otro *alimento* que *hacer la voluntad del Padre* (Jn 4, 34). En Ignacio la obediencia se convirtió entonces en condición imprescindible del servicio a Dios, en ejercicio de fe. Si amar era servir, servicio suponía cumplimiento obediente de la voluntad del Padre manifestada en el Hijo, en Jesucristo. Esa obediencia la ejerció Ignacio en la Iglesia jerárquica. Primero al Santo Padre como vicario de Cristo en la tierra en las misiones que les confiara, claramente en la decisión tomada en París en Montmatre y desde entonces siempre, y luego en una orden religiosa aprobada por la Sede Apostólica en la que, por medio de un voto, los superiores actuarían en el lugar de Cristo para sus súbditos. De este modo, la obediencia pasó a convertirse en nota distintiva de la espiritualidad ignaciana. En San Ignacio la obediencia siempre fue ejercicio de la virtud teologal de la fe pues no se conformaba con el cumplimiento meramente externo, sino buscaba la entrega del entendimiento y de la voluntad, depuesto todo juicio propio. El juicio y la voluntad eran entregados a Dios a quien el súbdito debía esforzarse a ver siempre en el superior, con independencia de sus cualidades o características. En ese sentido es en el que debe entenderse la obediencia *ciega* que pedía Ignacio y a la que sólo puede llegarse con un corazón indiferente libre de afectos desordenados: no como un cumplimiento sin inteligencia ni voluntad, porque entonces no sería un acto ni personal ni meritorio, como tampoco podría ejercitarse en ello la virtud teologal de la fe. Es decir, ciega es la obediencia en aquel que, conociendo y queriendo, con juicio y voluntad libre, se deja guiar en fe por el superior. Vayamos a las fuentes.

“...depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de Cristo N. S., que es la nuestra santa Madre Iglesia” (*Ejercicios*, n. 353);

“Debemos siempre tener para en todo acertar que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia Jerárquica así lo determina. Creyendo que entre Cristo nuestro Señor esposo y la Iglesia, su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas. Porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa Madre Iglesia” (*Ejercicios*, n. 365);

“Así mismo la Compañía Professa, sin los tres dichos, hace voto expreso al Sumo Pontífice, como a Vicario que es o fuere de Cristo nuestro Señor, para ir dondequiera que Su Santidad le mandare entre fieles o entre infieles, sin excusación y sin demandar viático alguno, para cosas que conciernen el culto divino y bien de la religión cristiana” (*Constituciones* n. 7);

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

“...como la vera obediencia no mire a quien se hace, mas por quien se hace; y si se hace por solo nuestro Criador y Señor, al mismo Señor de todos se obedece (...) pues a ellos ni por ellos (tomando con sana inteligencia) no se hace obediencia alguna, mas a solo Dios y por solo Dios nuestro Criador y Señor” (*Constituciones*, n. 84);

“...la persona que obedece, debe considerar y ponderar la voz que (...) sale, como si de Cristo nuestro Señor saliese, para ser enteramente agradable a su divina Majestad” (*Constituciones*, n. 85);

“Es muy expediente para aprovecharse y mucho necesario que se den todos a la entera obediencia, reconociendo al Superior, qualquiera que sea, en lugar de Cristo nuestro Señor y teniéndole interiormente reverencia y amor. Y no solamente en la exterior ejecución de lo que manda obedezcan entera y prontamente con la fortaleza y humildad debida, sin excusaciones y murmuraciones, aunque se manden cosas difíciles y según la sensualidad repugnantes [V], pero se esfuerquen en lo interior de tener la resignación y abnegación verdadera de sus propias voluntades y juicios conformando totalmente el querer y sentir suyo con lo que su Superior quiere y siente en todas cosas, donde no se viese pecado, teniendo la voluntad y juicio de su Superior por regla del propio, para más al justo conformarse con la primera y summa regla de toda buena voluntad y juicio, que es la eterna Bondad y Sapiencia” (*Constituciones*, n. 284);

“Y para más ejercitarse en la obediencia es bien, y así mesmo mucho necesario, que no solamente al Superior de la Compañía o Casa, pero aun a los Oficiales subordinados que dél tiene autoridad, obedezcan en todo aquello en que les es dada sobre ellos, acostumbrándose a no mirar quién es la persona a quien obedescen, sino quién es Aquel por quien y a quien en todos obedescen, que es Cristo nuestro Señor” (*Constituciones*, n. 286);

“de la santa obediencia. La qual todos se dispongan mucho a observar y señalarse en ella no solamente en las cosas de obligación, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del Superior sin expreso mandamiento, teniendo entre los ojos a Dios nuestro Criador y Señor por quien se hace la obediencia, y procurando de proceder con espíritu de amor y no turbados de temor; de modo que todos nos animemos para no perder punto de perfección que con su divina gracia podamos alcanzar en el cumplimiento de todas las Constituciones [A] y modo nuestro de proceder en el Señor nuestro; muy specialmente poniendo todas nuestras fuerzas en la virtud de la obediencia, del Summo Pontífice primero, y después de los Superiores de la Compañía. En manera que en todas cosas [B] a que puede con la caridad estenderse la obediencia, seamos prestos a la voz della como si de Cristo nuestro Señor saliese (pues en su lugar y por su amor y reverencia la hacemos), dexando por acabar qualquier letra o cosa nuestra comenzada, y poniendo toda la intención y fuerzas en el Señor de todos, en que la santa obediencia, quanto a la ejecución y quanto a la voluntad y quanto al entendimiento [C], sea siempre en todo perfecta, haciendo con mucha presteza y gozo spiritual y perseverancia quanto nos será mandado, persuadiéndonos ser todo justo, y negando con obediencia ciega todo nuestro parecer y juicio contrario en todas cosas que el Superior ordena, donde no se pueda determinar (como es dicho), que haya alguna especie de peccado, haciendo cuenta que cada uno de los que viven en obediencia se debe dexar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto que se dexa llevar adondequiera y tratar como quiera, o como un

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

bastón de hombre viejo, que en dondequiera y en qualquiera cosa, que dél ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve. Porque así el obediente para qualquiera cosa en que le quiera el Superior emplear en ayuda de todo el cuerpo de la Religión, debe alegremente emplearse, teniendo por cierto que se conforma en aquello con la divina Voluntad, más que en otra cosa que él podría hacer siguiendo su propria voluntad y juicio diferente” (*Constituciones*, n. 547);

“La obediencia se hace quanto a la ejecución, quando la cosa mandada se cumple; quanto a la voluntad, quando el que obedece quiere lo mesmo que el que manda; quanto al entendimiento, quando siente lo mesmo que él, pareciéndole bien lo que se manda. Y es imperfecta la obediencia en la qual, sin la ejecución, no hay esta conformidad de querer y sentir entre el que manda y obedece” (*Constituciones*, n. 550);

“Así mesmo sea a todos muy encomendado que usen grande reverencia, specialmente en lo interior, para con los Superiores suyos, considerando en ellos y reverenciando a Iesu Cristo; y muy de corazón los amen como a padres en el mesmo; y así procedan en todo en espíritu de caridad, ninguna cosa les tuviendo encubierta exterior ni interior, deseando que estén al cabo de todo, para que puedan mejor en todo enderezarlos en la vía de la salud y perfección. Y a la causa todos los Professos y Coadjutores formados, una vez al año y las demás que al Superior suyo pareciere, estén dispuestos a le descubrir sus consciencias en Confesión o secreto o de otra manera, por la mucha utilidad que en esto hay, como se dixo en el Examen; y así lo estén para hacer una Confesión general desde la última asímesmo general que hicieron, con quien al Superior pareciere señalar en su lugar” (*Constituciones*, n. 551);

“Todos hagan recurso al Superior para las cosas que les ocurre desear; y no pida ningún particular ni haga pedir, directa o indirectamente, sin su licencia y aprobación, gratia alguna al Summo Pontífice, ni a otra persona de fuera de la Compañía, para su persona propria ni de otro, persuadiéndose que si por mano del Superior o con su voluntad no alcanzare lo que desea, no le conviene para el divino servicio; y si para él conviene, que lo alcanzará con su consentimiento, como de quien tiene lugar de Cristo nuestro Señor para con él” (*Constituciones*, n. 552);

“Y porque primero se trate de la misión de Su Santidad como la más principal, es de advertir que la intención del voto que la Compañía hizo de le obedecer como a Summo Vicario de Cristo sin excusación alguna, ha sido para dondequiera que él juzgase ser conveniente para mayor gloria divina y bien de las ánimas imbiarlos entre fieles o infieles [B], no entendiendo la Compañía para algún lugar particular, sino para ser esparcida por el mundo por diversas regiones y lugares, deseando acertar más en esto con hacer la división dellos el Summo Pontífice” (*Constituciones*, n. 603)

Pero fundamentalmente la doctrina de san Ignacio sobre la obediencia quedó consignada en su magisterio epistolar. San Ignacio nos dejó tres cartas que se ocuparon expresa y extensamente sobre esta cuestión: una dirigida a los padres y hermanos de Gandía, otra a los hermanos estudiantes de Coimbra y la última –más importante- a los padres y hermanos de Portugal.

A los padres y hermanos de Gandía les escribió una carta el 29 de julio de 1547 indicando los beneficios de la obediencia y apuntando las cualidades de la verdadera:

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

“... el ejemplo universal, con que nos enseñan todas las gentes que viven en comunidad con alguna policía, que así en los reinos o como en las ciudades, y en las particulares congregaciones y casas dellas, así en los tiempos pasados como presentes, comúnmente se suele reducir el gobierno a unidad de un superior, para quitar la confusión y desorden y bien regir la multitud (...) Pero es aún de mucha mayor eficacia el vivo ejemplo de Cristo nuestro Señor, el cual, viviendo en compañía de sus padres, *vivía sometido a ellos* (...) El mesmo Cristo nuestro Señor viviendo en compañía de los discípulos, se dignó ser prepósito de ellos; y habiéndose de apartar con la presencia corporal, dejó a San Pedro prepósito de los otros y de toda su Iglesia (...) *La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad más que la grosura de los carneros*. Y no sin causa, pues se le ofrece más ofreciendo el propio juicio y voluntad y libertad que es lo principal del hombre, que si cualquier otra cosa se le ofreciere. Sin esto, ayuda también el modo de vida a conseguir toda virtud, que, según dice Gregorio, *la obediencia no es tanto una virtud, cuando madre de virtudes* (...) Hace evitar también esta forma de vivir muchos errores del propio juicio, y defectos o pecados de la propia voluntad, con seguir la del superior; y esto no sólo en cosas particulares, pero en todo el estado de la vida, obligando cada uno tanto más (a nuestro modo de hablar) la divina providencia a regirle y enderezarle, cuando más en las divinas manos se resignare por medio de la obediencia que dan a su ministro, que es cualquier superior, a quien su amor sujeta (...) para triunfar de sí mesmo, que es el más noble de los triunfos. Es cierto que es esta vía muy derecha, ejercitándose en sojuzgar su propio juicio y querer por medio de la santa obediencia (...) un martirio que continuamente corta la cabeza del propio juicio y voluntad, poniendo en lugar de la suya la de Cristo N. S., manifestada por su ministro (...) Es también que considerar que os hará ir descansados, y con mayor brevedad pasar adelante en la vía del cielo (...) hará que caminéis por la dicha vía en méritos continuos, como acaece a los que navegan, que, reposando, caminan (...) haciendo descargar a hombre del gravísimo peso de su propia voluntad y de la solicitud de sí mesmo, poniéndola sobre el superior, y consiguientemente de paz y sosiego (...) haciéndole desnudar de sí y vestirse de Dios, sumo bien, que hinche tanto nuestra ánima, cuanto halla vacío de propia voluntad; que los tales puedan decir, si de corazón son obedientes: *vivo no ya yo, sino que Cristo vive en mí* (...) no haciendo diferencia de quién es ministro en sí, pero en cada uno de ellos reconociendo a Cristo N. S., haciendo cuenta de obedecer a Cristo en su vicario (...) para saber presidir a otros y regirlos, es necesario primero salir buen maestro en obedecer (...) antes ni a él, ni a mí, más a Jesu Cristo Señor nuestro, a quien en entrambos obedecéis, y por El a sus ministros”

A los estudiantes de Coimbra el 7 de mayo de 1547 san Ignacio les ofrece el camino de la obediencia como antídoto frente al fervor indiscreto en la conocida carta de la perfección:

“Y si os parece rara ave la discreción y difícil de haber, a lo menos suplidla con la obediencia, cuyo consejo será cierto. Quien quisiese seguir más su parecer, oiga lo que San Bernardo le dice: Cuanto sin el consentimiento y voluntad del padre espiritual se hace, pondráse a cuenta de la vanagloria, no para recibir galardón. Y acuérdesse *que el crimen de la idolatría es no querer sujetársele, y el pecado de magia es desobediencia*, según la Escritura. Así que para tener el medio entre el extremo de la tibieza y del fervor indiscreto, conferid vuestras cosas con el superior, y ateneos a la obediencia. Y si tenéis

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

mucho deseo de mortificación, empleadle más en quebrar vuestras voluntades y subyugar vuestros juicios debajo el yugo de la obediencia...”

Pero será en la carta a los padres y hermanos de Portugal del 26 de marzo de 1553 donde san Ignacio desarrolle sistemáticamente su tratado de la obediencia, asentando como principio fundamental de ella la virtud de la fe (a fin de ver a Cristo en la persona a quien se obedece y por quien se obedece) y distinguiendo tres grados de obediencia (ejecución, voluntad y entendimiento u obediencia de juicio) antes de ofrecer tres medios para lograr esta última obediencia más perfecta (mirar a Cristo en el superior, amar lo que se ordena y proceder a ciegas con voluntad deseosa de obedecer), de no existir pecado (lo ordenado va de suyo que no puede ir contra la fe pues dejaría de ser a Cristo a quien se obedece, ser contrario a la ley eclesiástica pues habría en tal caso contradicción o a la moral porque no podría venir de Cristo) y dejando siempre abierto el camino de la representación (manifestando al superior las objeciones que el súbdito pudiera tener):

“...en la obediencia más particularmente que en ninguna otra, me da deseo Dios nuestro Señor de veros señalar, no solamente por el singular bien que en ella hay, que tanto en la Sagrada Escritura con ejemplos y palabras en el Viejo y Nuevo Testamento se encarece, pero porque (como dice San Gregorio) *la obediencia es una virtud, que sola ella ingiere en el ánima las otras virtudes, e impresas las conserva*; y en tanto que ésta floreciere, todas las demás se verán florecer y llevar el fruto que yo en vuestras ánimas deseo, y el que demanda el que redimió por obediencia el mundo perdido por falta de ella, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*. En otras religiones podemos sufrir que nos hagan ventaja en ayunos, y vigiliias, y otras asperezas que, según su Instituto, cada una santamente observa; pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo, Hermanos carísimos, que se señalen los que en esta Compañía sirven a Dios nuestro Señor, y que en esto se conozcan los hijos verdaderos de ella; nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece. Pues ni porque el Superior sea muy prudente, ni porque sea muy bueno, ni porque sea muy cualificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad debe ser obedecido, diciendo la eterna verdad (...) como quien sirve al Señor y no a solos hombres (...)

“También deseo que se asentase mucho en vuestras ánimas, que es muy bajo el primero grado de obediencia, que consiste en la ejecución de lo que es mandado, y que no merece el nombre, por no llegar al valor de esta virtud, si no se sube al segundo, de hacer suya la voluntad del Superior; en manera que no solamente haya ejecución en el efecto, pero conformidad en el afecto con un mismo querer y no querer (...) Así que, Hermanos carísimos, procurad de hacer entera la resignación de vuestras voluntades; ofreced liberalmente la libertad, que él os dio, a vuestro Criador y Señor en sus ministros (...) Y así no debéis procurar jamás de traer la voluntad del superior (que debéis pensar ser la de Dios) a la vuestra; porque esto sería no hacer regla la divina voluntad de la vuestra, sino la vuestra de la divina, pervirtiendo la orden de su sapiencia. Engaño es grande, y de entendimientos oscurados con amor propio pensar que se guarda la obediencia cuando el subdito procura traer al Superior a lo que él quiere (...) Pero quien pretende hacer entera y perfecta obediencia de sí mismo, *además* de la voluntad es

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

menester que ofrezca el entendimiento (que es otro grado y supremo de obediencia), no solamente teniendo un querer, pero teniendo un sentir mismo con su Superior, sujetando el propio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar el entendimiento. Porque, aunque éste no tenga la libertad que tiene la voluntad, y naturalmente da su asenso a lo que se le representa como verdadero, todavía, en muchas cosas, en que no le fuerza la evidencia de la verdad conocida, puede con la voluntad inclinarse más a una parte que a otra; y en las tales todo obediente verdadero debe inclinarse a sentir lo que su Superior siente. Y es cierto, pues la obediencia es un holocausto, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, se ofrece en el fuego de caridad a su Criador y Señor por mano de sus ministros; y pues es una resignación entera de sí mismo, por la cual se desposee de sí todo, por ser poseído y gobernado de la divina Providencia por medio del Superior, no se puede decir que la obediencia comprende solamente la ejecución para efectuar y la voluntad para contentarse, pero aun el juicio para sentir lo que el Superior ordena, en cuanto (como es dicho) por vigor de la voluntad puede inclinarse (...) es prudencia verdadera no fiarse de su propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión. Pues siendo así que debe [el] hombre antes seguir el parecer de otro (aunque Superior no sea) que el propio en sus cosas (...) Por otra parte, si no hay obediencia de juicio, es imposible que la obediencia de voluntad y ejecución sea cual conviene (...) hay en el obedecer, si el juicio no se sujeta, descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas, y otras imperfecciones e inconvenientes grandes, que quitan su valor y mérito a la obediencia (...) Pues, si se mira la paz y tranquilidad del que obedece, cierto es que no la habrá quien tiene en su alma la causa del desasosiego y turbación, que es el juicio propio contra lo que le obliga la obediencia (...) Así que por lo dicho se ve cuán necesaria sea la obediencia de entendimiento. Pues quien quisiese ver cuánto sea en sí perfecto y agradable a Dios nuestro Señor, verálo de parte del valor de la oblación nobilísima que se hace de tan digna parte del hombre; y porque así se haga el obediente todo, hostia viva y agradable a su divina majestad, no reteniendo nada de sí mismo; y también por la dificultad con que se vence por su amor, yendo contra la inclinación natural que tienen los hombres a seguir su propio juicio (...) Haya en vosotros humildad, haya mansedumbre; que Dios nuestro Señor dará gracia, con que suave y amorosamente le mantengáis siempre la oblación que le habéis hecho (...)

Sin éstos, tres medios en especial os represento, que para la perfección de la obediencia de entendimiento mucho os ayudarán. El primero es que (como al principio dije) no consideréis la persona del Superior como hombre sujeto a errores y miserias; antes mirad al que en el hombre obedecéis, que es Cristo, sapiencia suma, bondad inmensa, caridad infinita, que sabéis ni puede engañarse, ni quiere engañaros. Y pues sois ciertos que por su amor os habéis puesto debajo de obediencia, sujetándoos a la voluntad del Superior por más conformaros con la divina, que no faltará su fidelísima caridad de enderezaros por el medio que os ha dado (...) El segundo medio es, que seáis prontos a buscar siempre razones para defender lo que el Superior ordena, o a lo que se inclina, y no para improbarlo; a lo cual ayudará el tener amor a lo que la obediencia ordena; de donde también nacerá el obedecer con alegría y sin molestia alguna; porque, como dice San León: *No se sirve con forjada servidumbre cuando se ama y quiere lo que se manda* (...) El tercer medio para sujetar el entendimiento es aún más fácil y seguro y usado de los santos Padres, y es: presuponiendo y creyendo (en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe) que todo lo que el Superior ordena es ordenanza de

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

Dios nuestro Señor, y su santísima voluntad; a ciegas, sin inquisición ninguna, proceder, con el ímpetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer, a la ejecución de lo que es mandado (...) Así que quiero decir que este modo de sujetar el juicio propio, con presuponer que lo que se manda es santo y conforme a la divina voluntad, sin más inquirir, es usado de los Santos, y debe ser imitado de quien quiere perfectamente obedecer en todas las cosas, donde pecado no se viese manifiestamente (...) Con esto no se quita que, si alguna cosa se os representase diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representádes a él, que no lo podáis hacer. Pero, si en esto queréis proceder sin sospecha del amor y juicio propio, debéis estar en una indiferencia antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata, pero aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare (...) venciendoos en la parte más alta y difícil de vosotros, que son vuestras voluntades y juicios; porque así, el conocimiento y verdadero amor de Dios nuestro Señor posea enteramente y rija vuestras ánimas por toda esta peregrinación, hasta conduciros con otros muchos por vuestro medio al último y felicísimo fin de su eterna bienaventuranza”

3.2. “Predicar en pobreza” contra la ambición y codicia

Sabemos que la sola contemplación de Cristo pobre marcó tan profundamente a san Ignacio que decidió emprender una vida semejante tras la conversión, hasta el punto de hacerse el peregrino mendigo. Así pues, si San Ignacio abrazó la pobreza fue, en primer lugar, como más perfecta imitación de Jesucristo. El Hijo eterno del Padre había escogido para sí un estilo de vida pobre que san Ignacio se encargaría de subrayar en todas las contemplaciones de Ejercicios, desde el nacimiento de Cristo en Belén a la llamada del Rey Eterno, pasando por la muerte en Cruz. El Santo entendió muy pronto que si la obediencia ejercía una influencia directa sobre todas las virtudes, la soberbia también lo hacía con los vicios, engendrando en el alma la codicia, aumentando el deseo de ambición y alimentando el amor propio. El servicio y el amor a Dios exigían la pobreza como el Señor nos había enseñado en las Bienaventuranzas. De ahí que, en segundo lugar, para Ignacio la pobreza también fuera un instrumento necesario para el apostolado. Y es que entendió que Cristo le llamaba a seguirle en pobreza para el cumplimiento de la misión apostólica que le confiaba, pues una vida pobre era la que produciría mayor fruto. En efecto, el desasimiento de los bienes ofrecería mayor libertad de espíritu y mayor eficacia en la labor apostólica. Lo que los jesuitas proponían con la palabra debían manifestarlo con su género de vida, viviendo con sencillez el Evangelio, evitando así en este punto el escándalo de la riqueza o cuando menos el mal de una doble vida que hiciera sospechar una confianza más en las prosperidades de este mundo que en la vida eterna. Así surgió la fórmula de *predicar en pobreza*. Y de aquí las alertas que san Ignacio dejara puestas frente a los peligros de ambición y codicia que pudiera darse dentro de la Compañía a la hora de admitir dignidades eclesiásticas, salvo cuando no se diera tal riesgo como fue el caso que se le planteó de Etiopía.

De la lectura de los textos, que a continuación ofreceremos, no creemos que *predicar en pobreza* supusiera en san Ignacio una asistencia exclusiva, ni tan siquiera preferencial –en el sentido moderno del término–, a los pobres. Es algo ajeno a ese

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

tiempo y al corazón de Ignacio. Solo podríamos creer lo contrario violentando el espíritu del Santo y forzando sus palabras. Que Ignacio nunca dudara que los bienes, todos los bienes, descendían de lo alto y eran un don de Dios, suyos eran, es algo evidente. Como también era muy claro para él que si el hombre fuera el gestor o administrador de ellos, como era, debería emplearlos bien y socorrer ordenadamente a las necesidades de los demás, de ahí las reglas sobre limosnas que se encuentran en los Ejercicios (nn. 337-344). Más aún, el criterio ignaciano de apostolado fue desde los inicios puramente espiritual, dirigido a la salvación de las almas, de todas las almas. Incluso hay una prelación de las obras espirituales a las corporales o materiales, cuando ambas no pudieran concurrir, según dejó indicado en las Constituciones: “pudiéndose emplear los de la Compañía en cosas donde se pretende bienes espirituales y también donde corporales, en que se ejercita la misericordia y caridad..., siempre deben preferirse las primeras a las segundas, *caeteris paribus*, donde no pudiesen hacerse juntamente las unas y las otras” (n. 623). ¿Cómo poder negar que, para nuestro Santo, la mayor pobreza de todas fuera el pecado y el error? Contra ellos actuó decididamente insistiendo en los medios de salvación y en la enseñanza de la fe, en la catequesis de niños y pobres: frente al pecado la predicación de la conversión y de la salvación del alma porque podía perderse; y contra el error la adhesión a la “sana doctrina” alejada siempre de opiniones discutibles o de ideas personales. Digámoslo más claro aún. La respuesta de san Ignacio a las ansias redentoras del Rey eterno y a la construcción del Reino explica que el suyo nunca fuera un apostolado meramente social o asistencial, desprovisto del fin de toda obra apostólica, la gloria de Dios y la salvación de las almas. Más que beneficencia social o filantropía moderna, siempre, y sólo, encontraremos en san Ignacio caridad apostólica. En este marco es donde se inscribe: su atención a los más pobres en Loyola o las obras de caridad y atención a los enfermos en Venecia, o, ya en Roma, la casa de las arrepentidas, la de los catecúmenos judíos, el albergue para niñas huérfanas o el refugio para jóvenes en peligro. Pero vayamos también aquí a las fuentes y dejemos que sea el mismo Ignacio quien nos explique el sentido de predicar en pobreza.

En las Constituciones de la Compañía San Ignacio asentó con rotundidad su radical oposición a la riqueza en la religión, a la ambición o codicia y a la avaricia:

“Amen todos la pobreza como madre, y según la medida de la santa discreción a sus tiempos sientan algunos efectos della” (n. 287);

“La pobreza, como firme muro de la religión, se ame y conserve en su pureza, quanto con la divina gratia possible fuere” (n. 553);

“la quietud que consigo trae” (n. 572);

“Porque la pobreza es como baluarte de las Religiones, que las conserva en su ser y disciplina y las defiende de muchos enemigos, y así el demonio procura deshacerle por unas o por otras vías; importará para la conservación y aumento de todo este cuerpo, que se destierre muy lexos toda especie de avaricia, no admitiendo renta o possessions algunas o salarios por predicar o leer o por Missas o administración de Sacramentos o

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

cosas espirituales, como está dicho en la sexta Parte, ni convirtiendo en su utilidad la renta de los Colegios” (n. 816);

“Será también de summa importancia para perpetuar el bien ser de la Compañía, excluir della con grande diligencia la ambición, madre de todos males en qualquiera Comunidad o Congregación, cerrando la puerta para pretender dignidad o prelación alguna directa o indirectamente dentro de la Compañía, con que todos los Professos offrezcan a Dios nuestro Señor de no la pretender jamás y descubrir a quien viessen pretenderla, y con ser incapaz y inhábil para prelación alguna aquel a quien se pudiesse probar que la ha pretendido. Así mesmo offrezcan a Dios nuestro Señor de no pretender fuera de la Compañía prelación o dignidad alguna, ni consentir a la elección de su persona para semejante cargo quanto es en ellos, si no fuesen forzados por obediencia de quien puede mandarlos so pena de peccado, mirando cada uno por servir a las ánimas conforme a nuestra profesión de humildad y baxeza, y a no deshacerse la Compañía de las personas que para el fin suyo son necessarias. Prometa también a Dios nuestro Señor que quando según el modo dicho admitiese alguna prelación fuera de la Compañía [A], oirá después en qualquier tiempo el consejo de el General que de ella fuere o de alguno a quien él cometiese sus veces; y que si juzgare ser lo mejor lo que se le aconseja, lo executará así; no porque tenga, siendo perlado, por Superior ninguno de la Compañía, sino porque quiere obligarse voluntariamente ante Dios nuestro Señor de hacer lo que hallare ser mejor para su divino servicio, y de contentarse de tener quien se lo represente con caridad y libertad cristiana, a gloria de Dios nuestro Señor” (n. 817)

Pero también en el magisterio epistolar de San Ignacio encontramos su particular *carta sobre la pobreza* escrita por Polanco por orden de san Ignacio, fechada en Roma el 7 de agosto de 1547 y dirigida a los padres y hermanos de Padua:

“el amor a la pobreza que habéis elegido por amor de Jesucristo pobre (...) Bien que a personas que recuerdan el estado que han abrazado, y tienen delante de los ojos a Jesucristo desnudo en cruz (...) Llamo gracia a la pobreza porque es un don de Dios especial (...) Llamo gracia a la pobreza, porque es un don de Dios especial, como dice la Escritura: “Pobreza y riqueza de Dios proceden” (Ecl 11,14) y siendo tan amada de Dios, cuanto lo muestra su Unigénito, “que, dejando el trono real” (Sab 18,15), quiso nacer en pobreza y crecer con ella. Y no sólo la amó en vida, padeciendo hambre, sed, y no teniendo “dónde reclinar la cabeza” (Mt 8,20; Lc 9,58); mas también en la muerte, queriendo ser despojado de sus vestiduras, y que todas sus cosas, hasta el agua en la sed, le faltasen (...) Se muestra de la misma manera cuánto aprecia Dios la pobreza, viendo cómo los escogidos amigos suyos, sobre todo en el Nuevo Testamento, comenzando por Su Santísima Madre y los Apóstoles y siguiendo por todo lo que va de tiempo hasta nosotros, comúnmente fueron pobres, imitando los súbditos a su Rey, los soldados a su Capitán, los miembros a su Cabeza, Cristo. Son tan grandes los pobres en la Presencia Divina, que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra: “Por la opresión del mísero y del pobre ahora –dice el Señor- habré de levantarme” (Sal 11,6); y en otro lugar: “Para evangelizar a los pobres me ha enviado” (Lc 4,18), lo cual recuerda Jesucristo, haciendo responder a San Juan: “Los pobres son evangelizados” (Mt 11,5), y tanto los prefirió a los ricos, que quiso Jesucristo elegir todo el Santísimo Colegio de entre los pobres, y vivir y conversar con ellos, dejarlos por príncipes de su Iglesia,

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel (Mt 19,28), es decir, de todos los fieles. Los pobres serán sus asesores. Tan excelso es su estado”

“La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey Eterno. El amor de esa pobreza nos hace reyes aun en la tierra, y reyes no ya de la Tierra sino del Cielo. Lo cual se ve porque el Reino de los Cielos está prometido para después a los pobres, a los que padecen tribulaciones, y está prometido ya de presente por la Verdad Inmutable, que dice: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3), porque ya ahora tienen derecho al Reino. Y no sólo son reyes, mas hacen participantes a los otros del reino, como en San Lucas nos lo enseña Cristo, diciendo: “Granjeaos amigos con esa riqueza de iniquidad, para que, cuando os venga a faltar, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16,9). Estos amigos son los pobres, por cuyos méritos entran los que les ayudan en los tabernáculos de la gloria, y sobre todo los voluntarios. Según San Agustín, éstos son aquellos pequeñitos de los cuales dice Cristo: “Cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40)”

“Mas quien considere la verdadera utilidad, la que propiamente se encuentra en los medios aptos para conseguir el sumo fin, vería de cuántos pecados preserva la santa pobreza, quitando la ocasión de ellos, “porque no tiene la pobreza con qué alimentar su amor” (Ovidio). Aplasta el gusano de los ricos, que es la soberbia, y mata la infernal sanguijuela de la lujuria y de la gula, y así de otros muchos pecados. Ayuda a levantarse presto al que cayere por fragilidad, porque no es como aquel amor que cual la pez liga el corazón a la tierra y a las cosas terrenas y no deja aquella facilidad de levantarse y tornar en sí y volver hacia Dios. Hace percibir mejor en todas las cosas la voz, es a saber, la inspiración del Espíritu Santo, suprimiendo los impedimentos; hace más eficaces las oraciones en el acatamiento divino, “porque oyó el Señor la oración de los pobres” (Sal 19,17); hace caminar expeditamente por el camino de la virtud, como viandante libre de todo peso; hace al hombre libre de aquella servidumbre común a tantos grandes del mundo, “en el cual todas las cosas obedecen o sirven al dinero” (Ecl 10,19); llena el alma de toda virtud, si la pobreza es de espíritu, porque cuando el alma esté vacía del amor de las cosas terrenas, tanto estará llena de Dios y de sus dones. Y cierto es que no dejará de ser rica, puesto que se le ha prometido el ciento por uno, aun en esta vida, promesa que en lo temporal se realiza cuando es conveniente, mas en lo espiritual perfecto no puede dejar de ser verdadera. Y así es necesario que sean ricos de dones divinos los que voluntariamente se hicieron pobres de cosas humanas. Esta pobreza es aquella tierra fértil de hombres fuertes, “pobreza fecunda de varones”, decía el poeta (Lucano), lo que mucho más cuadra a la pobreza cristiana que a la romana. Es aquella fragua que pone a prueba el progreso de la fuerza y virtud en los hombres, y donde se ve cuál es el verdadero oro y cuál no lo es (Prov 27,21). Es el foso que deja seguro el campo de nuestra conciencia en la religión. Es aquel fundamento sobre el cual parece que Jesucristo demostró debía edificarse el edificio de la perfección, diciendo: “Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme” (Mt 19,21). Es la madre, el tesoro, la defensa de la religión, porque le da el ser, la nutre, la conserva; como, al contrario, la afluencia de cosas temporales la debilita, gasta y arruina. Fácilmente, pues, se ve cuán grande es la utilidad, además de la excelencia de esta santa pobreza, siendo sobre todo la que finalmente nos asegura la salvación de parte de Aquel que “salvará al humilde y al pobre” (Sal 17,28), adquiririéndonos el Reino

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

sempiterno del mismo, que dice ser de los pobres de espíritu, el Reino de los Cielos, a la cual utilidad no puede compararse ninguna otra. De modo que, por muy acerba que fuese, parece que debería aceptarse voluntariamente la santa pobreza. Pero en realidad no es acerba, mas de gran alegría, a quien de corazón la abraza. Aun Séneca dice que los pobres ríen más de placer por no tener solicitud ninguna. Y bien lo demuestra la experiencia en los mendigos vulgares, que, si advirtiésemos sólo su contento, veríamos que viven más alegres y satisfechos que los grandes comerciantes, magistrados, príncipes y otros grandes personajes. Si esto es verdad en los pobres no voluntarios, ¿qué diremos de los voluntarios? Los cuales por no tener ni amar cosa terrena que puedan perder, tienen una paz imperturbable y una suma tranquilidad en esta parte, mientras que los ricos están llenos de tempestades; y en cuanto a la seguridad y pureza de conciencia, tienen una alegría continuada, como un suave convite, sobre todo en cuanto que la misma pobreza les dispone a las divinas consolaciones, que suelen tanto más abundar en los siervos de Dios cuanto menos abundan las cosas y comodidades terrenas, a condición de que sepan llenarse de Jesucristo, de modo que El supla todo y les sea en lugar de todas las cosas. No hay por qué hablar más de esto. Baste lo dicho para mutua consolación y exhortación mía y vuestra para amar la santa pobreza, porque la excelencia, utilidad y alegría dichas se hallan de lleno solamente en aquella pobreza que es amada y voluntariamente aceptada, no en la que fuese forzada e involuntaria. Sólo esto diré: que aquellos que aman la pobreza, deben amar el séquito de ella, en cuanto de ellos dependa, como el comer, dormir, vestir mal y el ser despreciado. Si, por el contrario, alguno amara la pobreza, mas no quisiera sentir penuria alguna, ni séquito de ella, sería un pobre demasiado delicado y sin duda mostraría amar más el título que la posesión de ella, o amarla más de palabra que de corazón”

“...rogar a Jesucristo, Maestro y Verdadero Ejemplar de Pobreza Espiritual, que nos conceda a todos poseer esta preciosa herencia que da a sus hermanos y coherederos, a fin de que abunden en nosotros las riquezas espirituales de Gracia y, finalmente, aquellas inenarrables de Su Gloria”

3.3. Apostolado: el celo de las almas

Suele presentarse a Javier con el pecho abierto e inflamado en llamas. Todo jesuita, todo congregante mariano, todo cristiano debiera participar de las mismas ansias redentoras del Corazón de Cristo. El fuego que dijo Jesús haber venido a prender en las almas (Lc 12, 49) es el mismo fuego de amor divino que se desprende de la meditación del Rey eterno. Así, en San Ignacio, todo desde su conversión hasta el final, pasando por los votos de Montmatre, fue la gloria de Dios y la salvación y provecho de las almas. Ese fue el criterio rector de su apostolado, de la siembra “in agro Dominico”. El Santo supo articular con proverbial maestría ese deseo de salvación de las almas concretándolo de mil maneras, en aspectos muy diversos entre sí, pero conectados por ese principio común: desde las reglas sobre la modestia a las cautelas a la hora de admitir en la Compañía a quien no profesara la verdadera doctrina o las reglas sobre estudios, todo ello, y más, iba dirigido al fin apostólico de la Compañía. No podemos detenernos aquí en cada uno de estos aspectos, pero sí ofrecer una serie de reglas que san Ignacio quiso incluir en el apartado VII de las Constituciones de la Compañía a modo de guía del apostolado. Dejemos que sea el texto el que directamente nos las

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

muestre, una vez asentado el principio rector del apostolado: el “mayor servicio divino y bien universal” (nn. 618 y 622):

“...parece que se debe escoger en la viña tan spaciosa de Cristo nuestro Señor caeteris paribus (lo qual se debe entender en todo lo siguiente) la parte della que tiene más necesidad, así por la falta de otros operarios, como por la miseria y enfermedad de los próximos en ella y peligro de su entera condenación. También se debe mirar dónde es verisímil que más se fructificará con los medios que usa la Compañía, como sería donde se viese la puerta más abierta y mayor disposición y facilidad en la gente para aprovecharse; la qual consiste en su mayor devoción y deseo (que se puede en parte juzgar de la instancia que hacen) o en la condición y qualidad de las personas más idóneas para aprovecharse y conservar el fructo hecho a gloria de Dios nuestro Señor. Donde hay mayor deuda, como es donde hubiese Casas o Colegio de la Compañía o personas della que studiasen y recibiesen buenas obras del tal pueblo (dando caetera paria cerca el provecho spiritua)l, sería más conveniente haber algunos Operarios, preferiendo por tal causa conforme a la perfecta caridad estos lugares a otros. Y porque el bien quanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se estienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así la ayuda spiritual que se hace a personas grandes y públicas (ahora sean seglares como Príncipes y Señores y Magistrados o administradores de justicia, ahora sean eclesiásticas como perlados) y la que se hace a personas señaladas en letras y auctoridad, debe tenerse por más de importancia, por la mesma razón del bien ser más universal; por la qual también la ayuda que se hiciese a gentes grandes como a las Indias, o a pueblos principales o a Universidades, donde suelen concurrir más personas que ayudadas podrán ser Operarios para ayudar a otros, deben preferirse. Así mesmo donde se entendiese que el enemigo de Cristo nuestro Señor ha sembrado cizaña, y specialmente puesto mala opinión o voluntad contra la Compañía para impedir el fructo que ella podría hacer, se debería cargar más la mano, specialmente si es lugar de importancia y de quien se deba hacer cuenta, imbiando allí tales personas, si se puede, que con vida y doctrina deshagan la mala opinión fundada en falsas informaciones” (n. 622);

“...pudiéndose emplear los de la Compañía en cosas donde se pretienden bienes spirituales y también donde corporales, en que se exercita la misericordia y caridad; así mesmo pudiéndose ayudar algunos en cosas de su mayor perfección y menor; y finalmente en cosas en sí mejores y menos buenas: siempre deben preferirse las primeras a las segundas (caeteris paribus), si no pudiesen juntamente hacerse las unas y las otras. Así mesmo habiendo algunas cosas en servicio de Dios nuestro Señor más urgentes, y otras que menos premen y sufren mejor la dilación del remedio, aunque fuesen de igual importancia, deben las primeras anteponerse a las segundas. También habiendo algunas cosas que specialmente incunben a la Compañía, o se ve que no hay otros que en ellas entiendan, y otras de que tienen otros cuidado y modo de proveer en ellas; las primeras en las misiones es razón se prepongan a las segundas. Así mesmo entre las obras pías de igual importancia y priesa y necesidad, habiendo algunas más seguras para quien las trata y otras más peligrosas; y algunas que más fácil y brevemente, y otras que con más difficultad y con más largo tiempo se concluirán; las primeras asímesmo debrán preferirse. Quando lo dicho todo fuese igual, habiendo algunas ocupaciones de más universal bien y que se estienden a la ayuda de más

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

próximos, como el predicar o leer, y otras más particulares, como el confessar o dar Ejercicios; no pudiéndose hacer las unas y las otras, antes se entienda en las primeras, si algunas circunstancias no hubiese por donde se juzgase convenir más las segundas. También siendo unas obras más durables y que siempre han de aprovechar, como son algunas fundaciones más para ayuda de los próximos; otras menos durables que pocas veces y por poco tiempo ayudan; es cierto que las primeras deben preferirse a las segundas. Y así el Preósito de la Compañía debe más emplear los suyos en ellas que en las otras, todo por ser así más servicio divino y más bien de los próximos” (n. 623);

“...primeramente que a cosas de más importancia y donde más va en no errar (quanto fuere de la parte de quien ha de proveer, mediante su divina gracia), se deben imbiar personas más escogidas y de quienes se tenga más confianza. En las cosas donde hay más trabajos corporales, personas más recias y sanas. En las que hay más peligros espirituales, personas más probadas en la virtud y más seguras. Para ir a personas discretas que tienen gobierno espiritual o temporal, parece convienen más los que se señalan en discreción y gracia de conversar, con lo exterior de apariencia (no faltando lo interior) que ayude a la autoridad, porque puede ser de mucha importancia su consejo. Para con personas de ingenio delgado y letras, son más proporcionados los que en ingenio así mismo y en letras tienen don special, que en lecciones y conversaciones podrán más ayudar. Para pueblo comúnmente serán más aptos los que tienen talento de predicar y confessar etc. Quanto al número de los tales Operarios que se han de imbiar y mezcla dellos, también haya consideración, y primeramente quando se pudiese, sería bien que no fuese uno solo, sino dos a lo menos; así porque entre sí ellos más se ayuden en las cosas espirituales y corporales, como porque puedan ser más fructuosos a los que son imbiados, partiendo entre sí los trabajos en servicio de los próximos. Y habiendo de ir dos, parece iría bien con un Predicador o Lector un otro que cogiese la mies que el tal le preparase, en Confessiones y Ejercicios Spirituales, y le ayudase en el conversar y los otros medios que se usan para con los próximos. Así mesmo, imbiándose alguno menos exercitado en el modo de proceder de la Compañía y en el tratar con los próximos, parece se debería juntar con otro que tuviese más experiencia en esto, a quien pudiese imitar, y con quien pudiese conferir y aconsejarse en las cosas que le ocurren dubias. Con uno muy ferviente y animoso parece iría bien otro más circunspecto y recatado; y así de otras mesclas como esta, en manera que la diferencia, unida con el vínculo de la caridad, ayudase a entrambos, y no pudiese engendrar contradicción o discordia entre ellos ni los próximos. Imbiar más número que dos, quando la importancia de la obra que se pretiende fuese más grande en servicio de Dios nuestro Señor, y pidiese más multitud, y la Compañía pudiese proveer de más Operarios, sin prejuicio de otras cosas de más gloria divina y bien universal; podrá el Superior hacerlo, como la unción del Santo Espíritu le inspirare, o en la su divina Magestad mejor y más conveniente sintiere” (n. 624)

3.4. Sois Ignacio General

Después de lo dicho en los dos primeros temas de este curso pensamos que sí tenemos ya una idea cierta de quien fue san Ignacio de Loyola y de aquello que Dios nuestro Señor le confió. Sirva como síntesis lo que él mismo escribiera acerca de las cualidades que debiera tener el Preósito General de la Compañía. La parte IX de las

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

Constituciones en este punto constituyen un espejo de lo que fue nuestro santo padre y de lo que siempre quiso ser:

[723] Quanto a las partes [A] que en el Prepósito General se deben desear, la primera es que sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones, para que tanto mejor dél como de fuente de todo bien, impetre a todo el cuerpo de la Compañía mucha participación de sus dones y gracias, y mucho valor y efficacia a todos los medios que se usaren para la ayuda de las ánimas.

[724] A estas seis partes se reducen como a principales las demás; pues en ellas consiste la perfección del Prepósito para con Dios, y lo que perficciona su affecto y entendimiento y ejecución; y también lo que le ayuda de los bienes del cuerpo y externos; y según la orden con que se ponen, así se estima la importancia dellas.

[725] La segunda que sea persona cuyo exemplo en todas virtudes ayude a los demás de la Compañía, y en special debe resplandecer en él la caridad para con todos próximos, y señaladamente para con la Compañía, y la humildad verdadera, que de Dios nuestro Señor y de los hombres le hagan muy amable.

[726] Debe también ser libre de todas passiones, teniéndolas domadas y mortificadas, porque interiormente no le perturben el juicio de la razón, y exteriormente sea tan compuesto, y en el hablar specialmente tan concertado, que ninguno pueda notar en él cosa o palabra que no le edifique, así de los de la Compañía, que le han de tener como espejo y dechado, como de los de fuera.

[727] Con esto sepa mezclar de tal manera la rectitud y severidad necessaria con la benignidad y mansedumbre, que ni se dexa declinar de lo que juzgare más agradar a Dios nuestro Señor, ni dexa de tener la compassión que conviene a sus hijos; en manera que aun los reprehendidos o castigados reconozcan que procede rectamente en el Señor nuestro y con caridad en lo que hace, bien que contra su gusto fuese según el hombre inferior.

[728] Y así mesmo la magnanimidad y fortaleza de ánimo le es muy necessaria para sufrir las flaquezas de muchos, y para comenzar cosas grandes en servicio de Dios nuestro Señor, y perseverar constantemente en ellas quanto conviene, sin perder ánimo con las contradicciones (aunque fuesen de personas grandes y potentes), ni dexarse apartar de lo que pide la razón y el divino servicio por ruegos o amenazas dellos, siendo Superior a todos casos, sin dexarse levantar con los prósperos ni abatirse de ánimo con los adversos, estando muy aparejado para rescibir, quando menester fuesse, la muerte por el bien de la Compañía en servicio de Iesu Cristo Dios y Señor nuestro.

[729] La tercera es que debería ser dotado de grande entendimiento y juicio, para que ni en las cosas speculativas ni en las prácticas que ocurrieren, le falte este talento. Y aunque la doctrina es muy necessaria a quien tendrá tantos doctos a su cargo, más necessaria es la prudencia y uso de las cosas espirituales y internas, para discernir los spíritus varios y aconsejar y remediar a tantos que tendrán necesidades espirituales; 3y así mesmo la discreción en las cosas externas, y modo de tratar de cosas tan varias, y conversar con tan diversas personas de dentro y fuera de la Compañía.

Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

[730] La 4ª y muy necesaria para la ejecución de las cosas, es que sea vigilante y cuidadoso para comenzar y strenuo para llevar las cosas al fin y perfección suya, no descuidado y remisso para dexarlas comenzadas y imperfectas.

[731] La 5ª es acerca del cuerpo, en el qual quanto a la sanidad, appariencia [B] y edad, debe tenerse respecto de una parte a la decencia y auctoridad, de otra a las fuerzas corporales que el cargo requiere, para en él poder hacer su officio a gloria de Dios nuestro Señor

[732] Y así parece que la edad ni deba ser de mucha vejez, que no suele ser idónea para trabajos y cuidados de tal cargo; ni tampoco de mucha juventud, a quien no suele acompañar la auctoridad ni experiencia conveniente.

[733] La 6ª es acerca de las cosas externas [C], en las quales las que más ayudan para la edificación y el servicio de Dios nuestro Señor en tal cargo, se deben preferir. Y tales suelen ser el crédito, buena fama y lo que para la auctoridad con los de fuera y de dentro ayuda de las otras cosas.

[734] Cosas externas son la nobleza, riqueza tenida en el século, honra y semejantes. Y estas, caeteris paribus, vienen en alguna consideración; pero otras hay más importantes que, aunque estas falten, podrían bastar para la elección.

[735] Finalmente debe ser de los más señalados en toda virtud, y de más méritos en la Compañía, y más a la larga conocido por tal. Y si algunas de las partes arriba dichas faltasen, a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras. Que en lo demás las ayudas que tendrá, de que se dirá abajo, podrían mucho supplir con la ayuda y favor divino

No son aspectos que carezcan de importancia pues san Ignacio entendió que el futuro de la Compañía, como cuerpo jerárquico que era, dependía en buena medida de su cabeza, pues cosa muy peligrosa es que un ciego ande guiando a otros:

“Como el bien o mal ser de la cabeza redunda a todo el cuerpo, summamente importa que la elección del Preósito General sea qual se dixo en la nona parte, y tras esta elección resta la de los inferiores Preósitos en las provincias y colegios y casas de la Compañía. Porque quales fueren estos, tales serán a una mano los inferiores. Y ultra de la elección, importa grandemente el tener mucha auctoridad los Preósitos particulares sobre los súbditos, y el General sobre los particulares, y por otra parte la Compañía cerca el General, como está declarado en la 9ª Parte; en manera que todos para el bien tengan toda potestad, y si hiciessen mal, tengan toda subjección” (820)

Contemplativos en la acción
Tema 3. La mayor gloria de Dios (AMDG) II

CUESTIONES

Generales para todos los equipos

- (1) ¿Por qué obedecer? ¿Cómo obedecemos? ¿A quién? ¿Cómo fue la obediencia de la Virgen María, si es que obedeció? (Punto 3.1: “Obediencia”)
- (2) ¿Cómo entender la pobreza? ¿Somos pobres? ¿Y la Virgen María? (Punto 3.2: “Pobreza”)
- (3) ¿Qué relación guardan las virtudes (fe, esperanza y caridad) y los consejos (obediencia, pobreza, castidad)?

Particulares según Congregación

Fructuosos:

- (4) ¿Me importan las almas? ¿La de mi esposo/a, la de mis hijos? ¿Por qué? ¿Qué hago por ellas? ¿Qué te diría la Virgen en este punto de la salvación de las almas, de los tuyos, de los demás? (Punto 3.3. “Apostolado”)
- (5) San Ignacio, modelo e intercesor ¿en tu matrimonio y familia? ¿Cómo? (Punto 3.4. “Sois Ignacio General”)

Canisios:

- (4) ¿Me importan las almas? ¿Por qué? ¿Qué hago por ellas? ¿Qué te diría la Virgen aquí, en tu trabajo, profesión, relaciones sociales? (Punto 3.3. “Apostolado”)
- (5) San Ignacio, modelo e intercesor ¿en tu trabajo y relaciones? ¿Cómo? (Punto 3.4. “Sois Ignacio General”)

Berchmans:

- (4) ¿Qué hago por mis amigos y conocidos? ¿Me importa su salvación? Si los viera en peligro, ¿qué haría por ellos? ¿Y por los demás hombres? ¿Quiero que la Congregación sea conocida? ¿Cómo darla a conocer? (Punto 3.3. “Apostolado”)
- (5) San Ignacio, modelo e intercesor ¿en tu estudio y ambiente? ¿Cómo? (Punto 3.4. “Sois Ignacio General”)

UN OBJETIVO CONCRETO (INDIVIDUAL Y COMO EQUIPO) PARA ESTE MES